

LA ANTORCHA

AÑO V - Núm. 191

Toda correspondencia a: R. González Pacheco
R.D.A. 1689 - Teléf. U. T. 561, Corrales, 1158

Número sueldo 0.10 centavos
Subscripción Trimestral \$ 1.20

Bs. Aires, Diciembre 18 de 1925

LAS DOS ACCIONES

Hay quienes entienden la acción revolucionaria que las ideas deben trabajar en el seno de las colectividades como un problema exclusivamente educacional, no precisamente racionalista dedicado a la infancia, sino de extensión popular, dedicado a los hombres en general.

A su manera de ver, estos compañeros encuentran como algo que está demás toda tarea y acción agitada, de combate. No valoran la eficacia de una acción insurgente en cuanto sea colectiva porque creen que este movimiento, en vez de ser creado por la conciencia y la convicción de sus actores, son los frutos de entusiasmos pasajeros, que desaparecen sin ninguna provocación ni beneficio social e histórico, sin dejar mayores rastros y sin que contengan algún valor sólido y práctico de los efectos de la extensión y saneamiento de las ideas en el pueblo. Algo edificatorio en la arena, más o menos, que el primer resaca de la lluvia inmediatamente.

Lo que para ellos, la única tarea revolucionaria es la que consiste en dirigir exclusivamente a la inteligencia humana; mediante un constante ejercicio de preparación mental que eleva a los hombres, arrojándolos uno a uno sus prejuicios y desalojando de su interior todas las perniciosas herencias burguesas.

Nadie, y menos vosotros, va a negar la necesidad de que esta radical transformación se realice en el alma humana, ya que sabemos que el anarquista es el hombre nuevo, el del porvenir, que vive dando ya su vida, otra y distinta de la de los demás, de lógica consecuencia con las ideas que profesa. Negador de toda autoridad, libertario por excelencia, el anarquista es, en la medida de lo posible y dentro del justo término de las fuerzas que posee, en todas sus manifestaciones, el hombre que regala su vida con sus postulados, manteniendo ese indispensable equilibrio entre la teoría y la práctica. La acción anarquista en la vida de cada militante, es una acción de moral, sin la cual no podría existir ni el movimiento anarquista, la militancia, ni la acción combativa, de liberación, hostilidad y permanencia inmutable a las instituciones sociales del presente.

Pero, para que esta militancia exista y tenga directa intervención en la vida social, hay dos medios, que no pueden estar el uno contra el otro, sino que han de marchar por

firmemente unidos, formando ambos la base de la vida activa del anarquismo. El medio que trabaja esa elevación mental, la acción de cultura, la extensión del conocimiento de las cosas y ciencias, verdades necesarias a la vida de los hombres, y la acción de combate, de lucha, de revuelta, provocada en el pueblo, revelada en el conocimiento de la injusticia social en los hombres, que crea los movimientos de rebeldía y de oposición, y que forman en conjunto la acción histórica de la lucha social.

Es indudable que un movimiento de estos, una huelga, por ejemplo, o un motín, fomentado aisladamente, poco valen. Descartado todo sentido moral de cualquier hecho, poco o nada resta de él. Queda en una acción simple, sin trascendencia ni valor, carente de toda importancia social. Pero cuando estos hechos son el producto de una moral, el resultado de la influencia de las ideas, la consecuencia del espíritu revolucionario insuflando la vida de los demás, el valor de ellos cambia radicalmente.

Las huelgas son entonces las manifestaciones del descontento y la protesta ante la injusticia; en la vida sindical, alienta más que la idea del mejoramiento inmediato, una concepción de futuro de la sociedad; las sublevaciones y los motines son las manifestaciones directas de los anhelos reivindicadores que buscan plasmarse en realidad; en todas las actuaciones, palpitan, como cosa viva, la belleza de las ideas empujando al terreno de la acción a los hombres.

Es imposible negar la fuerza creadora de toda acción revolucionaria. El anarquismo no puede, en ninguna forma, reducir su intervención directa en toda acción colectiva. Reducido a una escuela filosófica, a una inflexión exclusivamente culturalista, perdería no solamente el vigor adquirido en la lucha abierta contra el Estado, sino también la viva ideología combativa que lo ha distinguido siempre, para convertirse en una secta de sabios y estudiosos, muy circuido, si se quiere, del problema social, pero sin mayor influencia vital en la vida del pueblo.

Los dos medios, pues, deben marchar unidos y es imposible separarlos: el que trabaja la educación cultural de las masas y el que trabaja la educación revolucionaria, la idea perenne de la Revolución Social ejercitada continuamente.

fiesto en estas actitudes reprobables. Se igualan en esto las más liberales democracias, con la medida de su igualdad de derechos y su libertad de pensamiento, con las más ultramontanas tiranías o dictaduras, que por sobre la vida y los derechos de todos viven demostrando sin recatos ni tímidos la cruel esencia de su pensamiento central, el dominio absoluto.

Y es que el Estado, a pesar de todas sus formas, nombres o sistemas, es uno solo, con un mismo espíritu y con idéntica fuerza, en todas partes. En la Argentina como en Chile o en Brasil, en esta América, nueva como en la decrepita Europa. A nombre de Oyapock surge el recuerdo, de inmediato, de toda la tragedia social. La mención de sus nombres nos trae a la memoria la de todos los mártires de la historia proletaria. Son nuevos nombres que se suman a la ya muy larga lista de sacrificados. Cuentas abiertas que el pueblo, la libertad, ha de cobrar a la tiranía, el poder, quizá en no lejano día.

Oyapock! Que al recuerdo de tu nombre el proletariado se sienta más estrechamente vinculado a la idea de la anarquía y la Revolución! Que la protesta contra el nuevo crimen, agrada a la de todos los primeros mártires, gane la voluntad colectiva y sea un motivo más de recordamiento de la lucha contra la tiranía! Que el dolor de estos nuevos mártires reperca intensamente en el alma de todos los revolucionarios y mueva su acción solidaria.

Desgraciada e infeliz América, regada en todas partes con la generosa sangre de estos nuevos mártires: ya

llegará la hora en que de esta tierra que sangra, potente y avasallador, emerja de la entraña dolorida de su pueblo, algo más grande que la protesta que ahora muere en los labios apenas pronunciada, aunque se mantenga como resaca en el corazón, y que traiga a todos los hombres el buen presente de la libertad y del bien!

Como Santa Cruz, como La Forestal, como la semana de Enero, como Iquique o Antofagasta, Oyapock ha de estar siempre presente en la memoria de los hombres como una tea incandescente, avivando sus nobles anhelos revolucionarios!

¡Vigilante, por sobre el dolor y la iniquidad, por la libertad y la anarquía!

DESHECHOS

Quien haya vivido un poco, y haya usado su vida como herramienta o como arma, sabe que todo hombre vive en un mundo creado por una idea o un ideal, se muela o se abolla en los años. Esa está en la naturaleza del espíritu, como encarnación y expresión lo físico. Nadie salta esta ley, y aún los mismos que creen que la burlan porque se conservan ágiles, impetuosos y románticos hasta viejos, no pueden hacer a menos que reducir su esperanza en el tiempo; acomodar su tarea a la vida que menor potencia de sus brazos. Tal que altopropiamente una montaña entera, se reduce a un atropello un bloque; tal otro que soñaba arar la infinita pampa, se conforma a remover una chacra o un huerto.

La diferencia hasta ahí no es más que de cantidad, y nadie tiene derecho a ultrajar o calificar una vida gastada en la lucha, una hacha inclinata en las hucheduras. Todos, hasta los que recién nacen, caminamos para viejos, y después, todavía, caminamos para muertos. Es la ley, y no hacemos cuestión de eso.

Al escribir estas líneas pienso en los derrotados de todos los campos, del nuestro y los otros, no los hacemos porque no comprenda, nos que gasta la vida, que muela el combate. En nosotros lo sentimos; por nuestras carnes también pasa el tiempo su rutillo que araña y deshace como terrones los músculos. Hablamos lastimados y encausados. Hablamos con conciencia.

Decimos: la reducción de la vida y de la fuerza, más que tristeza o angustia, debe sernos aceptada alegremente. Pues que la gastadura del hacha hasta el cabo, del brazo hasta el hombro, prueba que nos usamos sin tasa. No haremos chacha, mamos, lo que hacíamos cuando éramos jóvenes de una mano potente y velluda; pero no somos por eso un deshecho de la vida. La diferencia entre el ayer y este hoy es de cantidad, no más. La realidad del ayer, su temple y su rumbo a la idea y al ideal, siempre es la misma.

Deshecho de la vida, no es ir a menos en visiones o en carnes, sino ir a más en apetitos y en sentimientos. Degradar la materia y el espíritu. Aburrirse de ser pobre o perseguido y entregarse a los ritos y a los perseguidores. Per bien el mal, y viceversa; y en vez de mamos, crecer los brazos hasta poder andar, sin doblarse casi, a cuatro patas...

Deshechos de la vida son, por ejemplo, Villasespino y Eugenio Noel, de peso hoy en la Argentina. Deshechos de la vida, no por viejos, sino viejos cuando todos. Por su virgineidad!

A objeto de aumentar la difusión de "La Antorcha", haciéndola llegar a quienes no la conocen aún, enviaremos el periódico a todos los compañeros y grupos, del país y del exterior, cuyas direcciones conseguimos, durante un mes a los primeros, y durante dos meses a los del extranjero.

Voluntad y Conciencia

No basta tener el conocimiento de una doctrina o de otra cosa cualquiera, para llevarla adelante y si es posible, realizarla. El conocimiento de las cosas es, naturalmente, imprescindible para obrar, pero no es toda la obra en sí el único factor determinante de la acción.

Quien dice conocimiento, dice conciencia, convencimiento; esto es, noción del valor de lo que se tiene entre manos, noción de la responsabilidad de la acción que va a ejecutarse, noción de la razón que asiste a una idea o doctrina para ser extendida y propagada.

Un hombre consciente es un hombre convencido. Así, por ejemplo, el obrero que se solidariza con los demás obreros cuando éstos entallan, frente a la explotación de los patronos o las injusticias del Estado, sus conflictos, está convencido de la razón que asiste a los que se rebelan y protesta. El conocimiento que tiene del problema social, de la injusticia y del dolor que le rodean y que están también en su vida, hace que no se deje su concurso a la acción de protesta de los demás, y aunque este conocimiento sea rudimentario, un ligero albedeo del gran problema, ello ha tenido su fuerza de convencimiento para hacerle determinar el lugar que, al producirse la lucha, debe ocupar.

Pero, como decimos, la conciencia, el conocimiento de las cosas, que viene a ser el dominio sobre ellas, no basta. Un hombre puede estar convencido de una razón cualquiera y sin embargo obrar en sentido contrario. Este caso, en la actualidad, es muy común. No es uno, sino son, des-

graciadamente, muchos, los que van contra sus mismos sentimientos, contra lo que ellos consideran justo, bueno, ídolo, y aunque esta dualidad tiene también su explicación, pues no todos poseen la suficiente fuerza de voluntad como para seguir el impulso de sus convicciones, el hecho constante la separación que existe entre la sola acción de la conciencia, del conocimiento, y el ejercicio de la voluntad, la realización de los hechos determinados por el convencimiento de las cosas.

La conciencia sola, no basta, pues. Para que ella valga, hay que robustecerla con el concurso de la voluntad.

Toda voluntad es creadora. La conciencia es la base, la raíz, y lo que sobre ella se levanta y crece, es la acción voluntarista que da la sensación de la vida, así como un árbol con su copa llena de ramas, hojas, flores o frutos, da la sensación de la realidad viviente de ese árbol, que arranca de las raíces nudosas escondidas bajo tierra.

Es claro que el solo ejercicio de la voluntad, también librado a capricho, poco vale, se va en vicio, como las plantas. Pero la cuestión no está en la separación de una y otra, sino en la conjunción de ambas.

Voluntad y conciencia son los elementos últimos, necesarias a la eficacia de toda acción valerosa que tienda a afianzarse en el tiempo, que deba marchar siempre unidas.

La acción revolucionaria es eso: la acción de la conciencia realizada por la voluntad, ideas y matices unidos, marchando a la conquista del porvenir.

NOTA DEL DÍA DESORIENTADOS

El diario moderno ha creado en su evolución una nueva necesidad: la nota del día, el "clown" de las 24 horas. Es el plato fuerte, cargado de pimienta, que hay que dar diariamente al público; el anexo que debe acudir los nervios rotos de esta pobre gente que disimula su hantío de vivir con la diaria y repugnante comedia de la truculencia periodística.

La nota del día, la novedad de los periódicos, es el dolor, la tragedia, de los pobres o el escándalo, la vida licenciosa y atrabillada de los ricos. La miseria humana lanzada de plato y alimento a la caridad de los paños. Una nutrición fecal servida por la desverguenza de los escribas al relajamiento colectivo.

Las páginas de los rotativos van por los ojos de los lectores, como por los ojos de los ciegos. Mediantes tristes, dolorosos, aplastados por la vida, que sobrellevan como una carga agobiadora, que ni para cuernitos sirven.

El hombre inútil, tanto para el bien como para el mal. No saben ser ni malos ni buenos. Mediantes tristes, dolorosos, aplastados por la vida, que sobrellevan como una carga agobiadora, que ni para cuernitos sirven.

Fruto desgraciado de estos tiempos. ¿Quién te refinará?

Como barcos sin rumbo, perdidos en la inmensidad del océano, son esas pobres vidas de hombres que ambulando por el mundo sin ningún ideal.

Barcos que van a estrellarse algún día en alguna costa lejana, árida y rocosa, empujados por la corriente, o se hundirán, desbaratados y rotos por la tempestad, en el misterio del mar, sin dejar rastro. Así es su existencia sin historia, su pobre vida sin sucesos.

Hombres que vegetan y no viven, que se nutren de la nada y llevan, vacío y estéril, el interior. El poquito de bien que poseían lo han dado en una esterilizante entrega a los valientes caprichosos de su trágica derrota, o se aguja junto con ellos en el abismo, sin resplandecer jamás.

Hombres inútiles, tanto para el bien como para el mal. No saben ser ni malos ni buenos. Mediantes tristes, dolorosos, aplastados por la vida, que sobrellevan como una carga agobiadora, que ni para cuernitos sirven.

Fruto desgraciado de estos tiempos. ¿Quién te refinará?

De la infamia carcelaria

EN LA CARCEL DE ENCAUSADOS OCURREN HECHOS VERGONZOSOS. UN TENIENTE DE LA GUARDIA MALTRATA A UN NIÑO EN PRESENCIA DE LA MADRE-LAS MUJERES QUE VISITAN LOS PRESOS SON VICTIMAS DE ULTRAJES

No es verdaderamente un misterio el incalificable régimen de opresión que impera en los establecimientos penales del país, donde cada día se hace más miserable e indigna la situación de los presos, los diarios oficiales y muchos sabios psicólogos, constantemente remunerados, nos destruyen los tímpanos con incomprensibles peroratas legalistas,

prometiendo salvar a la humanidad si se adopta esto o aquél sistema ultratramoderno de tratamiento penal. Todos estos sistemas carcelarios preconizados por gente bien remunerada, tienen por base, como se sabe, la obligación del preso de trabajar y producir el máximo rendimiento, y obedecer automáticamente las disposiciones internas de las cárceles, disposiciones que tienen por finalidad visible y real la anulación absoluta del desahogado que, al transponer las rejas de estos lugares ignominiosos, se convierte en un onto sin ningún derecho, pero agobiado por las más bárbaras y angustiosas obligaciones.

Siendo las cárceles, por imperativo de su finalidad, centros despojados de la más leve tendencia humanitaria, los que las dirigen y cuidan tienen que ser por lógico desahogamiento, sujetos pasivos, que han cerrado la mente y el corazón a todo noble impulso.

Si no fuera así, las cárceles, que es donde más grande dolor humano se encierra, no encontrarían ni directores ni guardianes.

En esta campaña que venimos realizando contra el terror carcelario, nos ha tocado muchos veces relatar hechos y sucesos monstruosos ocurridos en distintos penales de la república. Hoy tenemos que consignar la pluma para ocuparnos de la Cárcel de Encausados de la Capital, donde vienen ocurriendo sucesos que dan la medida de la torpe hazaña de sus guardianes.

El hecho que ocurrió hace varios domingos, durante las horas de la tarde, en que se realiza la visita de los presos, es verdaderamente vergonzoso y ha repercutido intensamente entre los reclusos.

Con motivo de la visita, se reanuda la puerta de la cárcel gran cantidad de pobres mujeres, algunas acompañadas de sus pequeños hijos, que van a ver a sus maridos o familiares presos. En esto, como en todo, hay privilegios y algunas visitantes se ven forzadas a permanecer largas horas esperando que se les permita la entrada, mientras otras más afortunadas penetran a la cárcel varias veces consecutivas.

A causa de este favoritismo injusto, hace unos días un diario publicó una queja contra el teniente de la guardia, Luciendo Castro, encargado de dar las entradas a las mujeres, poniendo de manifiesto que esa actitud era tanto más odiosa cuanto que las favorecidas resultaban siempre las mujeres jóvenes y de sonrisa más o menos fácil. Esto pasó al parecer de las casillas al corchero de verdugo, y en la visita del domingo siguiente se portó como un héroe con las pobres mujeres: "Vengan, atórranlas, yo les voy a enseñar a quejar!!" — les decía cuando éstas le suplicaban que les diera la tarjeta de entrada.

Una mujer llegó con un hijo de ocho años, para visitar a su esposo E. P., recluso en el penales 13. Como lo había hecho ya con otras, ofreció con infantes groseras a la desdichada mujer, la que a su vez replicó como merecía la calandria conducto del vil teniente. Esto provocó un tumulto entre las mujeres, que con sus voces y alaridos aprobaban a la valerosa mujer que se rebelaba contra la prepotente torpe de los desdichados. El niño, agarrado a los vestidos de la madre, llorando de temor, se interponía entre ésta y el teniente, que tenía desventajado el sabio y amenazaba a las desamparadas mujeres diciéndoles: "si no se retiran y se callan, las voy a c... a palos".

Esta escena bochornosa tuvo un epilogo brutal. El valiente Luciendo, no atreviéndose con las mujeres que seguramente lo habrían arañado, preguntó un hotelero al penales que, agustado, llevaba llevado a las infelices madres.

Esta cobardía levantó un clamor entre las mujeres, y seguramente las cosas no habrían terminado en forma bulagadora para el corchero, si éste, con toda prontitud, no se retiraba hacia el interior del penal.

Conocido después el suceso entre los presos, muchos afectados por la actitud bárbara del teniente, han recurrido al Director del establecimiento en demanda de un medio protector que salve a las visitantes de tan vergonzosos denuestos, pero es de presumir, conociendo las cualidades